

cayó de repente sobre él la vision del Señor; fué arrebatado fuera de sí, y le pareció que una mano, tomándole por los cabellos, le llevaba colgado entre la tierra y el cielo hasta la ciudad de Jerusalem. Lo primero que vió allí fué el ídolo de Baal, puesto á la entrada del templo, aquel ídolo infame que habia sido reducido á polvo tantas veces por los buenos reyes de Judá, y vuelto á fundir por los malos. Entonces volvió á ver Ezequiel la gloria del Señor como se le habia presentado al principio, y oyó una voz que le decia: Hijo del hombre, ¿piensas que ves todas las abominaciones que hace aquí la casa de Judá para obligarme á que me retire léjos de mi santuario? Pues eso no es sino el principio. Vuélvete, y verás mayores abominaciones; y me llevó, dice el profeta, á una puerta del atrio y vi un agujero en la pared, y me dijo: Rompe esa pared, y habiéndola rompido, se descubrió una puerta y me dijo: Entra y ve las pésimas abominaciones que aquí se cometen, y entrando miré y vi pintados por las paredes todo al rededor, toda semejanza de reptiles y de los otros animales como otros tantos dioses de la casa de Israel, y á setenta ancianos que estaban de pié en medio de ellos cada uno con su incensario, incensándolos, y el vapor que subia de los incensarios era una espesa niebla.

Hijo de hombre, ya ves lo que hacen los ancianos de la casa de Judá en las tinieblas, y me dijo: Vuélvete aun á mirar y verás mayores abominaciones, y me introdujo por la puerta de la casa del Señor que mira al norte, y hé aquí mujeres lascivas é idólatras que estaban allí sentadas llorando la muerte de Adonis. ¿Lo has visto, hijo de hombre? Pues vuélvete aun y verás abominaciones mayores, y me introdujo en el atrio interior (el de los sacerdotes), y hé aquí entre la entrada del templo y el altar de los holocaustos, como unos veinte y cinco hombres con las espaldas vueltas al templo del Señor, y las caras al oriente adorando al sol que salia. Y me dijo: ¿Lo has visto, hijo de hombre? ¿y es poca maldad de la

casa de Judá hacer aquí todas estas abominaciones, despues de haber llenado toda la tierra de iniquidad para irritarme? Pues sepan que tambien yo haré en mi furor. No perdonaré mi ojo, ni usaré de piedad, y cuando gritaren á mis oidos, dando alaridos, no les oiré. Se han acercado los visitantes de la ciudad, y cada uno tiene ya en su mano un instrumento para matar. Y hé aquí que vi seis ángeles en figuras de hombres, que venian por el camino de la puerta alta que mira al norte (por allí habian de venir los Caldeos) y cada uno traía un instrumento de muerte. Venia tambien en medio de ellos uno vestido de lienzos (túnica talar) que traía un tintero pendiente de la cintura, y entraron y se pusieron junto al altar de bronce. Entonces la gloria del Señor, que estaba sobre los querubines, se alzó y vino á la entrada del lugar santo, y dijo el Señor al que estaba vestido de lienzos y tenia el tintero: Pasa por medio de Jerusalem y señala (con tinta) un *Thau* sobre las frentes de los hombres que gimen y se duelen de todas las abominaciones que se cometen en la ciudad.

Por las monedas antiguas de los Hebreos, que eran los *siclos* y *semisiclos*, se ve que la letra *Thau* tenia la figura de cruz, la cual conservó hasta pasado el cautiverio que mudaron las figuras de las letras antiguas en las que usaron despues. «Hasta el día de hoy, decia san Jerónimo, usan los Samaritanos de las antiguas letras hebreas, de las cuales la última, que es el *Thau*, es parecida á la cruz que se señala en la frente de los cristianos.» Esta letra *Thau*, que tenia figura de cruz, estampada en la frente de los fieles Israelitas, á quienes el Señor queria salvar de la muerte temporal, era un símbolo, una figura expresa de la cruz de nuestro divino Redentor, que estampada en la frente de los fieles cristianos es el signo de los que quiere salvar de la muerte eterna. El ángel vestido de lino, y que presentaba mayor dignidad, representaba á Jesucristo, Pontífice eterno, y mediador único entre Dios y los hombres.

Despues que el Señor ordenó al ángel que tenia el tintero que fuese escribiendo el *Thau* en la frente de sus siervos fieles, dijo á los otros seis ángeles que estaban armados para matar : Pasad por la ciudad siguiendo (al que escribe el *Thau*) y matad á cuantos no tengan el *Thau*. Nada perdone vuestro ojo. No os apiadeis. Matad al niño y al viejo, al jóven y á la doncella, á todos los hombres y á todas las mujeres. Nadie quede con vida. Comenzad por mi santuario... y comenzaron por los hombres mas ancianos que estaban entre el altar de los holocaustos y la entrada del templo, y cuando estos fueron muertos, dijo : Manchad el templo, llenad sus atrios de muertos; y luego se vieron los atrios llenos de cadáveres y rebosando sangre. Salid á fuera y matad; y mataban á cuantos habia en la ciudad. Acabada la mortandad, quedé yo solo, dice el profeta, caí sobre mi rostro y exclamé : ¡ay! ay! ay! Señor Dios! Pues qué, ¿destruiréis todas las reliquias de Israel derramando vuestro furor sobre Jerusalem? Y me dijo : La iniquidad de la casa de Israel y de Judá es muy grande en demasia. Llena está la tierra de sangre (de pecados enormísimos) y la ciudad de aversion (de idolatrías y apostasías) porque han dicho : Desamparó el Señor esta tierra, y no ve. Pues tampoco mi ojo (que lo ve todo) perdonará. No tendré piedad. Su camino vendrá sobre sus cabezas. Despues de estar el templo y la ciudad llenos de cadáveres y rebosando sangre, tomó el ángel que estaba vestido de lienzos brasas de dentro del trono que formaban los querubines, y encendió el templo, que luego se llenó de una nube de humo y de resplandores de llamas, y salió el ángel afuera y encendió la ciudad. Todo esto lo hacia el ángel que habia escrito el *Thau* en la frente de los Israelitas fieles; y tambien aquí era representado Jesucristo, que, despues de haber sellado sus escogidos con el *Thau* de la santa cruz, entregará los réprobos á los incendios eternos.

El Señor, segun se deja percibir en esta vision, habia



salido del lugar santísimo y se había parado á la puerta del lugar santo ; ahora sale del lugar santo y se vuelve á parar á la salida del último atrio del templo ; deja también este lugar, y abandonando el templo y la ciudad, pára sobre un monte (el de las Olivas) que estaba al oriente de Jerusalem. Con estas pausas, que hacia el Señor al retirarse de su templo y su ciudad, daba á entender la repugnancia con que los desamparaba y las muchas y enormes maldades que le precisaban á este desamparo. De esta manera acabó la célebre vision que tuvo Ezequiel, siendo restituído en espíritu á la Caldea, de donde no habia salido su cuerpo. Me alzó el espíritu, dice el mismo profeta, y me llevó á la Caldea en el espíritu de Dios (como habia venido de la Caldea á Jerusalem), y me fué quitada la vision que habia visto, y entonces habló á los de la trasmigracion todas las palabras del Señor que me habian sido mostradas.

La mortandad de los habitantes de Jerusalem y la destruccion de la ciudad y del templo se halla pintada en esta profecía de Ezequiel, que no hemos hecho mas que compendiar á causa de su mucha extension, con tan vivos colores que se puede dudar si su lectura hará en un meditando igual ó mayor impresion que hubiera hecho la presencia de los sucesos; y parece inconcebible como los Judíos que tuvieron con tiempo noticia de ella, no se entregaron á impedir su cumplimiento desarmando al Señor con la penitencia, como los Ninivitas.

Profecias acerca de Sedecias.

Profetizó, ó mas bien escribió, Ezequiel las últimas desdichas del rey Sedecias mas de dos años antes que sucediesen. Predijo que huiria de Jerusalem por una abertura del muro, que seria llevado sobre las espaldas de sus criados cubierto con un velo, que en su huida

caeria en manos de sus enemigos, que estos le llevarian preso á Babilonia, que entraria en ella y no la veria, y que en ella moriria; y á fin de imprimir esta profecía en la imaginacion de sus compatriotas, despues de haberla comunicado á su entendimiento, hizo prevenciones como si fuera á emprender un viaje, andaba de un lado á otro con los avíos ó prevenciones para hacerle, y para salir de casa no se dirigió á la puerta sino que hizo en la pared una rotura, salió por ella y se hizo llevar sobre las espaldas de sus domésticos cubierto todo con un velo. De estas y de otras maneras anunciaba Ezequiel á Judá y á su rey las calamidades de que iban á ser el teatro, pero trabajaba en vano. Una turba de falsos profetas y de embusteras profetisas se habia apoderado del corazón de Sedecías y de sus cortesanos, y como no les anunciaban sino prosperidades, hacian que las desdichas con que les amenazaban Jeremías y Ezequiel se oyesen con enfado y desprecio.

Se niega Sedecías á pagar el tributo á Nabucodonosor.

Crecia, dice el texto sagrado, la ira del Señor contra Jerusalem y contra Judá hasta arrojarles de su presencia, y para que no se ignorase la causa, añade: Se rebeló Sedecías contra el rey de Babilonia. Habian pasado ya ocho años desde que Nabucodonosor colocó á Sedecías sobre el reino de Judá con la carga de un tributo anual, y ese mismo tiempo habia pasado Sedecías trabajando por sacudir esta carga. Creyó que la liga ó alianza con sus vecinos, particularmente con el rey de Egipto, que era el mas poderoso y mas irreconciliable enemigo del rey de Babilonia, le ponía en disposicion de negarse al pago del tributo, y en efecto se negó, y esto completó la ira del Señor, é hizo, como dice el texto, que arrojase Judá y Jerusalem de su presencia.

Principia el sitio de Jerusalem por Nabucodonosor.

Sorprendido quedó Nabucodonosor con esta noticia tan inesperada, pero no le asustó, porque se miraba en estado de hacerse justicia por su mano. Juntó luego todas sus fuerzas; las tropas caldeas y babilonias, las de los reinos sujetos á su imperio... una multitud innumerable. Con tan formidable ejército salió de Babilonia y se avanzó sobre el rebelde Judá. Entró en el reino sin que el temerario Sedecías le hiciese la menor resistencia. Se extendió por él como un diluvio que todo lo inunda. Cercó y tomó todas sus ciudades, para decirlo así, á paso de carga, y en el primer ímpetu no quedaron á Sedecías sino dos, que fueron Laquis y Azeca. Dejó dos cuerpos de tropas para rendirlas, y sin detenerse, continuó su marcha sobre Jerusalem, la cercó, fortificó sus campamentos y principió un sitio que habia de ser nombrado con asombro en todos los siglos.

Entonces Sedecías envió á dos de sus cortesanos para que suplicasen á Jeremías, diciendo: Ruega á Dios por nosotros; y aquí se vió en Sedecías una de aquellas mudanzas repentinas que no se creyeran si no las presentaran con tanta frecuencia los impíos, que no teniendo principios de religion, tampoco tienen reglas de conducta. El temerario y arrojado Sedecías tuvo miedo al verse cercado de un ejército tan terrible. Ocho años habia que irritaba al Señor con sus escandalosos crímenes é infames idolatrías, y ahora se hace devoto en un momento y pasa á implorar la intercesion de los amigos de Dios, de quienes se habia burlado por tanto tiempo, y á los que mas de una vez habia insultado, sobre todo á Jeremías. Á la verdad esto era reconocerse muy tarde, pero como para con Dios siempre es tiempo, si se acude á su misericordia con corazón contrito, Sedecías no habria conseguido regularmente librarse del castigo temporal que tenia bien merecido, pero habria conseguido un bien sin

comparacion mas grande, que era la reconciliacion con su Dios, como la consiguió su ascendiente Manasés, si hubiera tenido las disposiciones de este penitente; mas nada de esto se hallaba en Sedecías. El miedo y solamente el miedo dirigia su súplica.

Profecía de Jeremías.

Cuando Nabucodonosor y todo su ejército estuvo bien atrincherado en rededor de Jerusalem y peleaba ya fuertemente contra ella, vino palabra del Señor á Jeremías mandándole que fuese á Sedecías y le dijese : Esto dice el Señor : Hé aquí que yo entregaré esta ciudad en manos del rey de Babilonia y la abrasará, y Sedecías será tomado preso y puesto en su mano, y sus ojos verán los ojos del rey de Babilonia y le hablará boca á boca y entrará en Babilonia, y (si se arrepintiere) no morirá á espada, sino en paz. El pobre Jeremías, destinado á llevar á los grandes y los reyes anuncios tan tristes y terribles, como arriesgados y peligrosos, se presentó al rey Sedecías y le hizo saber todas las palabras que le habia revelado el Señor. Mas por esta vez nada hubo contra el profeta, y continuó, dice el texto sagrado, andando libremente en medio del pueblo, porque aun no le habian puesto en la cárcel.

Consternado Sedecías con este anuncio, juntó todo el pueblo, le hizo presente la terrible profecía que acababa de oír, el apuro en que ya se encontraban; perdidas sus ciudades y cercada la capital por un ejército innumerable, y que no quedaba otro recurso que acudir al Señor con sus súplicas, inclinar su piedad y hacérsele propicio, guardando sus mandamientos, tan generalmente abandonados. Añadió, que uno, cuyo quebrantamiento debía tener al Señor muy irritado, era la injusticia que estaban haciendo á los esclavos, sus hermanos, á quienes debian segun la ley haber dejado libres en el año sétimo,

y que desde aquel momento cada uno dejase libre á su esclavo hebreo y á su esclava hebrea y nunca volviesen á esclavizarlos; y los principales y el pueblo todos lo oyeron con docilidad y dieron libertad á sus siervos. Á juzgar por estas demostraciones de sumision á la ley del Señor, se pudiera haber esperado todo de su mudanza; pero luego se vió que el único motivo de ella era el ejército sitiador, que cada día acercaba mas sus trincheras y máquinas á la muralla.

Nabucodonosor levanta el sitio para ir al encuentro del rey de Egipto.

Apenas se habia concluido este acto de religion y justicia, dando cada uno libertad á sus siervos, cuando llegó la noticia esperada con tanta impaciencia de que el ejército de Faraon habia salido de Egipto y venia en su socorro. Este rey fué el único de la liga que trató de defender á Jerusalem, pues todos los demás se escondieron, por decirlo así, cuando vieron venir á Nabucodonosor cubriendo la tierra con sus innumerables tropas. Luego que Nabucodonosor tuvo noticia de la venida de Faraon á socorrer á Jerusalem, levantó el sitio, reunió todas sus fuerzas, llamando á las que estaban ocupadas en la toma de Laquis y de Azeca y marchó á encontrarse con él á las fronteras de su reino. Con esto se creyó libre Jerusalem, y teniendo en mas la defensa de su aliado que las amenazas de su Dios, se entregó á todo género de regocijos, que luego pasaron á impiedades é infidelidades. Violaron el pacto que habian hecho delante del Señor de no volver á cautivar jamás los esclavos que acababan de poner en libertad. Cada uno se apoderó de los suyos, y volvió á reducirlos de nuevo á la esclavitud. Tal fué la conversion de Jerusalem, arrancada por el peligro y el miedo, y tal es la de los impíos cuando sus intereses ó sus temores les obligan á dar algunas señales de

religion y piedad. Se manifestó el Señor muy ofendido de esta injusticia, que se cometía contra los infelices esclavos, y envió á Jeremías á que la echase en cara á todos los dueños y señores sin exceptuar al rey ni á su corte, y así lo hizo.

Otra profecía de Jeremías.

No estaba Sedecías muy satisfecho de la retirada del ejército de los Caldeos, y quiso saber del profeta las esperanzas con que podría contar acerca de esta ausencia. Volvió á consultarle, y contestó á los enviados que dijese al rey: que el ejército de Faraon que había salido de Egipto en su socorro, se volvería á Egipto: que los Caldeos vendrían, pelearían contra la ciudad, la tomarían y la quemarían; y que aun cuando los habitantes de Jerusalem destruyesen todo el ejército caldeo que les cercase (lo que era como imposible), y solo quedasen de ellos algunos heridos, estos saldrían cada uno de su tienda y la quemarían. Desde que se retiró el ejército de Nabucodonosor no estaba ya Jerusalem en disposición de recibir anuncios tan funestos como el que acaba de hacer el profeta, y así fué recibido con enojo, y Jeremías mirado como un mal ciudadano, como un enemigo del Estado, como un hombre vendido á los intereses de Nabucodonosor, como un hombre en fin que no cesaba de anunciar cosas funestas para desanimar á sus conciudadanos.

Jeremías es puesto en un calabozo.

Luego que se levantó el sitio, se entraba y se salía libremente en Jerusalem. Iba Jeremías á salir un día para ir á Benjamin (su pueblo) á repartir una posesion (entre sus parientes) delante de sus ciudadanos, y

cuando llegó á la puerta, Jerias, que estaba de guardia, le detuvo, diciendo: Tú vas huido á los Caldeos. No es así, dijo Jeremías, yo no huyo á los Caldeos; pero Jerias no quiso atenderle y le llevó preso á los príncipes. Estaban estos muy irritados contra él á causa de sus profecías; le trataron mal de palabra y de obra, y le enviaron á la cárcel del escriba Jonatán. Entró, pues, Jeremías en la casa del lago (que era una mazmorra cenagosa), le pusieron en uno de sus calabozos, y estuvo allí muchos días; y allí habria perecido, si la vuelta de Nabucodonosor anunciada por él, y por su concólega Ezequiel, no hubiera dado motivo á que se le sacase de aquella prision de muerte.

El rey le saca para consultarle.

Luego se supo que Faraon no había traído grandes fuerzas para una expedicion tan importante; que había sido batido, puesto en huida y obligado á volverse al Egipto. Esto llenó de desconsuelo á Jerusalem, que miraba á Faraon como su ángel de salvacion; pero cuando, poco despues, llegó la noticia de que Nabucodonosor, en lugar de ir persiguiendo á su grande enemigo vencido y derrotado, volvía con todo su ejército sobre Jerusalem, la consternacion fué general y extremada. Sedecías, en gran manera sobrecogido con la noticia de la vuelta de Nabuco, que no esperaba, porque así se lo habían asegurado los falsos profetas y profetisas, los aduladores y cortesanos que le rodeaban y dominaban, hizo sacar del calabozo á Jeremías y traerle á palacio para preguntarle sobre el paradero de esta guerra secretamente, porque temía á sus corrompidos cortesanos y perversos consejeros. Apenas llegó el profeta á su presencia, le preguntó sobresaltado: ¿Crees tú que es palabra del Señor (el terrible fin de esta ciudad y su rey que has anunciado últimamente)? y dijo Jere-

mías : Sí, es palabra del Señor, y añadió : En manos del rey de Babilonia seréis entregado. ¿Y en qué, dijo al rey Jeremías, en qué pequé yo contra el rey ni contra sus siervos, ni contra su pueblo, para que se me metiese en una cárcel? ¿Dónde estan ahora tus profetas, los que te decian que no vendria el rey de Babilonia sobre ti ni sobre esta tierra? Aquí Jeremías, despues de hablar á Sedecías con la libertad y firmeza de un enviado de Dios en lo que tocaba á su ministerio, le suplicó, como vasallo obediente, que tuviese la bondad de no volverle á la cárcel, de donde habia venido, para no morir en ella. ¡Tan propio para dar la muerte era el calabozo en que sus enemigos le habian encerrado! El rey, sin darse por sentido de las amargas verdades que acaba de decirle el profeta, mandó que fuese puesto en el atrio de la cárcel y que se le diese el sustento diario hasta que se acabase el pan en la ciudad.

Vuelve Nabucodonosor á sitiá á Jerusalem.

El año nono de Sedecías, el dia diez del mes décimo, volvió Nabucodonosor con su ejército victorioso á Jerusalem, formó de nuevo el sitio, fortificó el campamento y se atrincheró como antes. Ya no tenían aliados los Judíos, ni esperanza de tenerlos, y su desamparo era extremo, pero aun les quedaba un recurso para librarse del torrente de males que venia á descargar sobre ellos. Este recurso era el que el Señor, siempre compasivo para con su pueblo, su ciudad y su templo, queria que tomasen, el que Jeremías les habia aconsejado tantas veces y de tantos modos... este recurso era implorar la elemencia de Nabucodonosor, como lo habia hecho Jeconías, entregarse como aquel y pasar á vivir á Babilonia, sin dar lugar á que el pueblo fuese entregado al cuchillo y reducida la ciudad y el templo á escombros y cenizas; pero Jerusalem era ya un pueblo sin pru-

dencia, y en nada pensó menos que en rendirse. Se obstinó en su defensa, y desde este momento todo estaba perdido.

Los Caldeos adelantaban las trincheras, ceñian las líneas, estrechaban el sitio, acercaban las máquinas y en poco tiempo las llevaron al pié de las murallas y se hallaron en disposicion de hacer desde ellas la guerra á la ciudad. Al mismo tiempo se socavaban los muros, se batian con los arietes y se abrian brechas. Cuando estuvieron abiertas algunas, principiaron los asaltos, las heridas, la sangre y la muerte de una y otra parte, porque los sitiados se defendian á la desesperada y los sitiadores estaban resueltos á tomar la ciudad á cualquiera costa : pero lo mas terrible de todo para los sitiados era el cerco impenetrable formado de multiplicadas líneas de soldados de aquella multitud de tropas que componian el ejército de Nabucodonosor. La sequedad y carestía que habia anunciado Jeremías, y que habia precedido esta guerra, y la seguridad con que los falsos profetas lisonjeaban al rey y al pueblo de que luego serian socorridos por sus aliados, hicieron que Jerusalem no estuviese abastecida, cual convenia, para sufrir un largo sitio, y no tardó mucho tiempo en principiar el hambre. Habia mas de un año que seguia el cerco con igual calor é igual empeño de ambas partes, pero los sitiados sufrían pérdidas irreparables, lo que no sucedia á los sitiadores que tenían á su disposicion todas las fuerzas y comestibles del oriente. En las continuas defensas de los asaltos que sin cesar daba el ejército de Nabucodonosor, iban muriendo los principales soldados de Sedecías, y como no era posible recibir de afuera ni una onza de alimento, el hambre se aumentaba al mismo tiempo y hacia ya mas estragos que la espada.

Consulta Sedecias á Jeremias.

Viendo Sedecias que todo caminaba al cumplimiento de cuanto habia profetizado Jeremias, y que debian tener efecto muy pronto las amenazas que habia hecho á él mismo, envió á Fasur, hijo de Melchias y á Sofonias sacerdote, para que suplicasen al profeta que consultase al Señor, si por ventura haria con Jerusalem alguna de sus grandes maravillas para que se retirase el rey Nabucodonosor, que tan fuerte y empeñadamente peleaba contra ella. Se presentaron los enviados al profeta, quien no podia darles otra contestacion que aquella que les estaba ya prevenida. Esto dice el Señor, Dios de Israel, les contestó: Yo os conquistaré con mano extendida (á todas partes) y con brazo fuerte (é irresistible), con furor, con indignacion y en grande ira. Heriré á los vivientes de esta ciudad, hombres y bestias, y morirán de gran pestilencia. Yo entregaré á Sedecias, rey de Judá, y á sus siervos y á su pueblo y á todos los que perdonare la peste, la espada y el hambre, en manos de Nabucodonosor rey de Babilonia, y los herirá á filo de espada, y no se doblará (por ningun ruego), ni perdonará, ni tendrá piedad; yo pongo delante de vosotros el camino de la vida y el camino de la muerte. El que se quedare en esta ciudad, morirá, ó á cuchillo, ó de hambre, ó de peste; pero el que saliere y se huyere á los Caldeos, que os tienen cercados, vivirá, porque he puesto el semblante de mi ira contra esta ciudad, y será entregada al rey de Babilonia y la abrasará. Era necesaria toda la intrepidez de Jeremias para dar á los enviados del rey una contestacion tan terrible, en un tiempo en que se hallaba todavía preso en el atrio de la cárcel; pero nada detuvo al profeta, y los enviados se vieron en la precision de llevar una respuesta de tanto disgusto al rey, en quien no produjo

otro efecto que enojarse mas con Jeremias y continuarle en la prision que sufría ya tanto tiempo.

Era el año décimo de Sedecias y el décimooctavo de Nabucodonosor, y las amenazas de Jeremias se iban cumpliendo de un modo tan exacto y tan terrible que no dejaban duda de que tendrian su entero cumplimiento con la total ruina de Jerusalem. Esto y las vivas exhortaciones que hacia el profeta á los Judios que se acercaban á su prision para que huyesen de Jerusalem y se fuesen á los Caldeos, si querian salvar su vida, hizo que ochocientos treinta y dos lograsen huir de la ciudad en el discurso de este año por diferentes salidas ocultas y pasar al campo de los Caldeos, donde eran recibidos por Nabucodonosor con benignidad y socorridos con lo necesario; pero lo que en tan tristes circunstancias era una felicidad para este número de refugiados, fué tan fatal para el profeta que se la proporcionaba con sus consejos y exhortaciones, que hubo de costarle la vida.

Cuanto mas se estrechaba el sitio, tanto mas se empeñaban los sitiados en sostenerlo. Se aumentaba el hambre y la peste, y al fin de dicho año la miseria era extrema, y el estado de Jerusalem tal cual le hemos pintado con los colores y rasgos de los profetas. Era mas bien que una ciudad, un vasto cementerio; pero á pesar de estó los que estaban al frente del poder y se hallaban con las armas en la mano, miraban como reo de Estado á cualquiera que hablase de composicion con los sitiadores y menos de rendirse. Solo Jeremias, á pesar de su prision y de estas amenazas, conservaba su libertad toda entera, y sin contemporizar con la fuerza no cesaba de repetir estas breves palabras, tan desagradables á la corte, como provechosas á los que se aprovechaban de ellas. Cualquiera, decia, que se estuviere en esta ciudad, morirá á cuchillo, ó de hambre, ó de peste; mas el que se huyere á los Caldeos, vivirá. Oyeron cuatro de los principales las palabras que Jeremias hablaba

á todo el pueblo, y dijeron al rey : Te rogamos que muera este hombre, porque de propósito desmaya las manos de los varones de guerra que han quedado en la ciudad, y las manos de todos, y es sin duda que este hombre no busca el bien, sino el mal del pueblo.

Jeremías es arrojado en un pozo.

Á pesar del respeto que el rey tenía á Jeremías, no se atrevió á disgustar á sus principales cortesanos, y les dijo : Ahí tenéis á Jeremías, yo no puedo negaros cosa alguna. ¡Tan dominado le tenían! Tomaron, pues, á Jeremías y le echaron en un hondo lago del atrio de la cárcel, en el que no había agua, sino lodo, y Jeremías quedó atolado en el cieno. La muerte del profeta en aquella sima era inevitable y pronta, pero velaba el Señor sobre la vida de su fiel ministro, y dispuso que le viniese la salvación de donde menos debería esperarla. Tenía el rey en su corte un oficial etiope llamado *Abdemelec*, que respetaba y apreciaba mucho á Jeremías, y luego que oyó que había sido arrojado en el lago, se fué á Sedecías y le dijo : Mi señor y mi rey, mal y daño han echo estos hombres en cuanto han ejecutado contra Jeremías, arrojándole en el lago para que muera allí de hambre, porque en unos días en que la escasez llega á lo sumo ¿quién irá á buscar al profeta en aquella sentina para repartir con él un pan de lágrimas? Dadme, pues, vuestras órdenes, y yo iré al momento á sacarle y socorrerle.

Le saca un Etiope.

Aquí se vió que Sedecías no era tan malo de suyo como le hacían ser sus malos cortesanos. Se dejó enternecer, y mandó á Abdemelec que, tomando una compañía de treinta soldados, fuese á sacar al profeta del pozo an-

tes que muriese. Hizo Abdemelec que le siguiesen los treinta hombres, y tomando pedazos de paño viejos, los echó con cordeles á Jeremías en el lago para que, envolviéndolos á la raíz de los brazos y á los cordeles, no le lastimasen al sacarlo colgado por los sobacos, y así le sacaron del lago en donde, para que muriera pronto y sin ser visto, le habían arrojado. Bien quisiera Abdemelec hacer algo mas por su ilustre amigo, dándole entera libertad, pero su comisión no se extendía á esto, y aunque con gran sentimiento le fué preciso dejarle en el atrio de la cárcel donde estaba antes. Esta caridad de un extranjero, ejercida con el profeta de un Señor que mira los beneficios hechos á sus ministros como hechos á su Majestad, no quedó sin recompensa. Mandó el Señor á Jeremías que dijese á su bienhechor Abdemelec, que cuando todo fuese á sangre y fuego en Jerusalem, el Señor, en premio de su caridad, le libraria de la mortandad, y así se verificó.

Vuelve Sedecías á consultar á Jeremías.

En este tiempo las cosas iban de mal en peor, los Caldeos batían con furia las murallas, la guarnición estaba disminuida en extremo, y la que había quedado se hallaba sumamente fatigada y debilitada. La peste seguía haciendo estragos horribles, y el hambre era intolerable. La multitud de cadáveres insepultos inficionaban la ciudad, y el rey no se atrevía á pasar por entre las tropas de hombres, mujeres y niños que le pedían pan ó muerte. En tan lamentable y espantoso estado, volvió á llamar á Jeremías, y le dijo : Una cosa quiero saber de ti; no me la ocultes. Está bien, dijo el profeta; por si yo te la dijere, ¿acaso no me matarás? Entonces juró Sedecías á Jeremías en secreto, diciendo : Vive el Señor que nos ha dado el alma y la vida, que no te mataré ni te entregaré en manos de esos hombres que buscan tu alma. Pues